



LOS ÚLTIMOS, LOS PRIMEROS

## Vivir la Asamblea en la Sierra de Perijá

ÁNGEL ALBERTO MORILLO

Vivir la Asamblea en el Tukuko no es fácil. Esta comunidad indígena de la Sierra de Perijá, en el lado venezolano, lleva sobre sí la peste del olvido. Son las 5:00 de la mañana, el capuchino **Nelson Sandoval** reza laudes. La única pimpina de gasolina se acabó. “Es oro puro. Soy el párroco de esta comunidad y el responsable de que esto funcione”, cuenta. Surtir la camioneta de la parroquia requiere de 60 litros, a razón de dos dólares, en total, 120, un equivalente a 60 meses de salario mínimo. En su dialecto maracucho, suelta: “No te imagináis el calvario que es ir a Maracaibo, pero gracias a Dios resuelvo, pues tenemos un comedor con apoyo de Cáritas y la Organización Internacional para las Migraciones”.

“¿Cómo he vivido la Asamblea?”. Ante la pregunta, mutis y suspiro. “Si al problema de gasolina, le sumas la falta de medicamentos, comida, electricidad y, sobre todo, internet, no es mucho lo que pueda decir; es más, hasta para catequesis comprar un bolígrafo es un desafío”, responde. En efecto, el Tokuko

es una de las zonas más desprovistas de Venezuela, muchos de los indígenas yukpas y barí han tenido que huir hacia Colombia. No obstante, para él “en eso radica esta Asamblea, mientras las zorras tienen madriguera, el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza, tenemos que ser un testimonio de vida y de fe más creíble, para que el mundo crea más”.

Tiene mucha esperanza en el Sínodo de la Sinodalidad. El franciscano capuchino, con 17 años en la Sierra de Perijá, a guisa de ejercicio de mayéutica desgrana preguntas: “¿Qué quieren de nosotros? ¿Qué quieren de sus pastores? ¿Cómo funcionan nuestras pastorales?”. Acota: “Gracias a Dios comenzaremos las consultas diocesanas, nuestro arzobispo **José Luis Azuaje** nos ha dado ya lineamientos”. Así planean los descartados en el corazón del olvidado Tokuko. Los ingredientes están en la mesa, tienen todo listo con el mejor de los combustibles: la fe. Nelson montado en su burrita, sale a casa del vecino más cercano –unos 2 kilómetros– a conectarse al único wifi posible, puesto que para Dios nada es imposible. ●